

## EL LOBERO DE MOHEDAS



SALVADOR CALVO MUÑOZ

---

¿Qué pasa con los lobos? ¿A qué viene esta devoción que no cesa? No, si ya lo decía José Antonio Valverde en ese libro precioso, *Los lobos de Morla*: Lo primero que percibe el niño, oye y ve, cuando sale de la cuna, es una mano girando ante su cara y alguien que canturrea: “Cinco lobitos / tiene la loba...”

Para bien o para mal, hemos llegado tarde y ya ha pasado el tiempo aquel en que el lobo andaba por los perfiles del horizonte. Digo los que nacimos en tierras en las que ya el lobo tiene una presencia mínima, o ninguna, y mucho me temo que pasaremos por esta vida sin tener ocasión de sentir cerca su inquietante presencia. No lo quiera Dios.

Pero, por tradición oral o de mil maneras en los textos, la sombra del lobo nos viene acompañando año tras año. No sé lo que pasa pero en cuanto, en las tertulias, aparece su nombre, un invisible escalofrío nos pone el alma erizada y todo quisque quiere ser protagonista de algo, anécdota o rumor, que tiene que ver con él.

Mi padre mató una loba en el año cuarenta y dos. Su piel, tendida bajo la mesa de su despacho, determinó inexorablemente mi atracción por la esencia del lobo durante los años de infancia y adolescencia. Vino luego la vida y un largo silencio, interrumpido apenas por algún caso esporádico, se cernió sobre su imagen inextricable.

El lobo era ya papel impreso, fotografías, películas...imaginación.

De repente, desde hace unos años, un leve rumor va tomando fuerza. Andrés Rguez. vio a una familia de lobos cruzar el Tajo por Alcántara; Juancho Viola guipó perfectamente a un macho que cruzaba una carretera de Sierra de Gata; un señor ga-

nadero de San Vicente de Alcántara me llamó una noche, no hace mucho, y me contó que había visto dos ejemplares rondando su majada.

Que no. Oficialmente no hay nada que hacer. Medio Ambiente dice que no consta. La polémica deviene en discusión en cuanto brota la cuestión lobera alrededor de los leños que crepitan, después de la jornada de caza. Luego libros, Morla, Paco Grajera, el último de J.C. Blanco, etc.

No hace mucho, mi amigo y compañero de cacerías Nicolás S., que es profesor de Secundaria en la cercana villa de Malpartida, me contó lo siguiente:

“Oye, mi compañero Joaquín Gómez, que es de Coria, es perdigonero y el otro día se fue de perdigones cerca de los Canchos de Ramiro. Bueno, pues resulta que no fue solo, sino que se llevó a otro amigo con él al aguardo. Dice que era ya por la tarde, bien puesto el sol, cuando estando ambos metidos aún en el aguardo, Joaquín oyó un aullido largo y prolongado que lo dejó helado, y le preguntó al que estaba sentado junto a él si había oído lo que él creía que había oído. El otro le dijo que sí, que claramente, y que estaba bien seguro que aquello era el aullido de un lobo. ¿Qué te parece?”

¿Qué me va a parecer, Nicolás? Que esto es la sinrazón que no cesa.

Los Canchos de Ramiro es un paraje fabuloso que está en el curso del río Alagón, a un par de leguas escasas de la desembocadura de éste en el Tajo. Es aquel un lugar maravilloso que, por estar alejado de grandes núcleos y a salvo de carreteras circuladas, aún conserva la riqueza paisajística y faunística, que para sí quisieran muchos parques de España, con todo su pedigrí ecológico.

Como resulta que desde la Sierra de San Pedro hasta la de Gata va un cordel antiquísimo y es zona paralela a la Raya portuguesa, hay ahí un posible tránsito esporádico de lobos que, lógicamente, pueden encontrar refugio en las fragosidades de los Canchos, Sierra de la Solana, de la Garrapata, etc. ¿Qué tiene de raro que alguno, o alguna pareja, ande por allí camino de uno u otro paraje?

Conjeturas, posibilidades, sueños...La historia, las historias de lobos que no cesan.

No hace muchos días, estábamos los de la sociedad deportiva de caza por ahí tomando unas cañas y Alfonso C., uno del grupo, me comentó:

- Oye. Hay un chaval trabajando conmigo que me ha contado algo de la historia de su abuelo y me ha dejado unas fotos viejas. Era lobero.

- No me digas. ¿Lobero? Cuenta, cuenta.

- Que sí. Lobero. De Mohedas de Granadilla. Por lo visto murió hace unos años. Creo que de joven cazaba lobos con cepos y con un garrote. Tengo unas fotos en casa.

- Ya me las estás enseñando. ¿Cuándo voy a ver a ese muchacho?

- Cuando quieras.

A los dos días, Alfonso bajó un anochecer al bar que hay cerca de su casa y, mientras tomábamos algo, comentamos las fotos.

- Ese muchacho estudia Formación Profesional y está haciendo las prácticas en mi taller. Vete mañana por la tarde para allá y al salir charlas con él y que te cuente lo que sabe.

Dicho y hecho. Al día siguiente me presenté en el taller de Alfonso. Con él, un muchacho joven, fino y espigado, aprendía la técnica automovilística.

- ¿Son tuyas las fotos? ¿Cómo te llamas?

- Sí, señor. Fernando. Fernando Ruedas.

Alfonso y Fernando dieron de mano, se asearon y nos dirigimos a un café cercano. Sentados en torno a una mesa, el muchacho me contó lo que sabía de su abuelo.

- Se llamaba Timoteo Ruedas, y mi abuela Florentina Martín. Era segador, vamos, hombre del campo y a él y a su familia la conocían, bueno, y nos conocen por “Los Loberos”. Yo creo que el único que era lobero era él.

- ¿Lo conociste?

- Apenas, porque murió en 1992, y yo entonces tenía 9 años. Casi no me acuerdo.

- ¿Y tu padre, no te cuenta cosas?

- Pues no crea, no mucho, la verdad. Hombre, que mató unos treinta y cinco lobos y que lo hizo con la “horca” y el garrote.

- ¿No tenía escopeta?

- No, cuando lo de los lobos no. Luego más tarde se hizo con una y salía a cazar conejos y otros animales, pero ya entonces los lobos se habían acabado por allí. Vendió los ceptos a no sé quién y de la escopeta se deshizo; creo que la entregó en el Ayuntamiento o algo así.

- Oye, y murió joven ¿no?

- Sí, vamos, tenía 61 años; porque nació en 1923 y murió en el 92, pues eso, 61 años. El cáncer.

- Vaya por Dios. Una pena. Nos vamos dejando morir a los últimos loberos de esta tierra y sin enterarnos. Tú fíjate lo de cosas que nos hubiera podido contar. Muy bien, chico; pues gracias por la información y si te enteras de más cosas díselo a Alfonso y nos vemos.

Después de la charla con Fernando Ruedas, el nieto de Timoteo, no me canso de mirar y remirar las dos viejas fotos del lobero.

En la primera foto, la que tiene la huella de una grapa, se aprecian bastante bien los rasgos de Timoteo. Pared de pizarras, típica del norte de la región, zona montañosa. Timoteo coge por la parte superior del cuello a dos lobeznos y nos enseña también un magnífico ejemplar de cepo lobero. Fernando decía que los dos lobeznos debían de estar ya muertos y a Alfonso a mí nos parecía que no, que estaban vivos. Sin duda los cogió en la lobera y los mantuvo cautivos algún tiempo.



En la segunda foto, la más grande y la que ofrece peor visión, de nuevo Timoteo posa con dos lobeznos y ante ellos una piel de lobo en el suelo. Junto a Timoteo, medio sentado en el suelo, su padre, Juan Ruedas, hombre de campo y monte, claro.

En la tercera foto aparece Timoteo de pie, medio de lado, con boina y ropa de faena; en la diestra ase un cayado y en la izquierda una "horca", utensilios que empleaba para matar a los lobos capturados en los cepos. Está junto a dos enormes lobos muertos, que cuelgan, por las patas traseras, de una cruz de madera.



Ahí está el hombre, Timoteo, que se nos fue y no supimos dar con él para extasiarnos con las peripecias de su vida de lobo. Porque la cosa se las trae. Hoy, con una escopeta o un rifle en las manos, uno está en el monte más o menos seguro, según el temple que tenga, pero...¿y Timoteo?

Salía al monte, pisteaba su rutas y donde le parecía más apropiado el lugar ponía los cepos. Hay que saber mucho para poner los cepos sin levantar sospechas. Y hay que tenerlos muy firmes para acercarse a unos lobos como esos, con la “horca” y con el garrote como armas ofensivas. Tremendas escenas de lucha las que protagonizaría Timoteo para dar muerte a los lobos con semejante utillaje.

Y luego a pedir por concejos y fincas. Que de eso se trataba; de combatir la penuria con las pesetas que la buena voluntad de municipios y ganaderos podían aportarle. Muy duros aquellos años.

Esa es la pequeña historia de Timoteo, el que se nos fue hace un puñado de años y supimos de él cuando ya era demasiado tarde. Pocos, pocos hombres de los de antaño deben de quedar por ahí, por esos pueblitos serranos, de aquellos que protagonizaron estupendas historias de monte y caza.

Aunque la autoridad competente (¡más bien incompetente!) diga que no, nosotros nos resistimos a aceptar la triste realidad e imploramos (¿a quién?) que el lobo castellano avance hacia el sur, pase los montes de Hurdes, Gata y Trasierra e inunde el llano extremeño.

¿Nos iremos de este mundo sin sentir el inefable escalofrío de la mirada del lobo?